

El regalo de Reyes

Texto: Sandra Gómez Rey

Ilustraciones: Guillem Escriche



Esta tarde me he inventado una historia mientras desayunaba y miraba la televisión. Hacían muchos anuncios publicitarios de juguetes, y he imaginado la vida de un niño que las tuviera todas. Esta historia que me he inventado todavía no ha pasado. O quizás sí ? Dice así:

En Mitodemanzana, una vez, había un niño muy rico que se pasaba el día solo como la una. Vivía aislado en una gran mansión, una verdadera fortaleza llena de cámaras de vigilancia y de muchas puertas que se abrían con códigos secretos de seguridad. Sus padres tenían mucho miedo de que un secuestrador se llevara a su hijo y de no volver a ver nunca más. Por eso le tenían vigilado en casa día y noche.

El muchacho se llamaba Ricardo Solo. Tenía todos los juguetes que he visto en la televisión, pero ningún amigo con quien jugar y compartirlos. Por eso le llamaban Ric, el solitario.

No había día en que su padre y su madre no le compraran un juguete nuevo. Pensaban que así conseguían que Ric fuera feliz con sus juguetes, encerrado en la mansión. Se equivocaban: Ric era un niño millonario que a pesar de tener todo se sentía profundamente triste y solo.

Llegó la Navidad, y Ric tenía que escribir la carta a los Reyes de Oriente.

"No sé qué pedir ", se dijo viendo la habitación llena de juguetes.

Tenía, incluso, las últimas novedades que acababan de salir de las fábricas y que relucían preciosas en las tiendas más grandiosas que os podáis imaginar. Tan bien iluminados en los escaparates, los juguetes parecían mágicos, guarnecidos de guirnaldas doradas y bolas rojas de Navidad.

– Ric, querido... Todavía no has escrito la carta a los Reyes Magos –le dijo mamá mientras le servía el desayuno en la cama, en bandeja de plata.

– ¿Qué puedo pedir? Lo tengo todo –respondió Rico desenvolviendo otro regalito que tenía en la bandeja, junto al zumo de naranja y las tostadas de mantequilla.

– Los grandes almacenes están llenos de juguetes. Buscaremos los más grandes y caros para pedir a los Reyes de Oriente –decidió mamá con gran entusiasmo, como si hubiera tenido una idea muy buena y original.

Desde el umbral de la habitación, mamá le lanzó un beso con la mano. Luego cerró la puerta y se fue por el pasillo. Ric se quitó la bandeja de las piernas, y salió de la cama.

En la mano llevaba el juguete que acababa de desenvolver, un cochecito de colección hecho de madera natural con las ruedas rojas. Lo metió en un estante lleno de otros cochecitos de madera natural, con las ruedas de colores diferentes. No cabía ni uno más, en el estante. Tenía la sensación de que mamá no se había dado cuenta de que le había regalado el mismo cochecito muchas veces seguidas.

A los grandes almacenes, Ric fue con el chófer y un guardaespaldas. Como ocurría a menudo, mamá no lo había podido acompañar. Un asunto urgente de última hora se lo había impedido. Ric se volvió a sentir solo. Nunca se acostumbraría a la soledad.



Caminaba rutinariamente por los pasillos con estanterías a ambos lados, llenas de juguetes y más juguetes, de arriba abajo. No había ninguna que Ric no tuviera en su habitación, o guardada en el desván gigantesco de su casa.

Aburrido de pasear por la tienda seguido por el guardaespaldas, Ric decidió perderse un rato e ir a su aire sin ser vigilado por nadie. Rápidamente, se escurrió entre la multitud que se embobaba ante las montañas de juguetes. Tras una estantería inmensa encontró una puerta de madera antigua. Probó a abrirla. En un santiamén, Ric fue al otro lado.

¿Dónde se encontraba? Había huido tan deprisa que no sabía dónde había ido a parar. ¿Qué era aquel lugar tan bonito y tan diferente que veían sus ojos? Ante él, un jardín, como una alfombra de césped verde incandescente, se extendía a sus pies. Un cielo de un azul intenso cubría todo el jardín como un techo de bóveda. Y los rayos de sol lo bañaban todo y eran de lo más cálidos.

De repente, una ráfaga de leve vientecillo, fresco y repleto de aromas dulces de flores, pasó rozando la cara de Ric. El niño cerró los ojos y respiró profundamente ese aire limpio y sano. Luego volvió a abrirlos y comenzó a caminar por el jardín, pisando el césped blando con los pies. Tímidamente. Poco a poco.

Los ojos abiertos de par en par no daban abasto para mirarlo todo. Aquel paisaje maravilloso le había dejado boquiabierto. Nada le hacía recordar la triste soledad que hacía sólo unos instantes tanto le pesaba en el corazón.

Había cientos de árboles, todos diferentes. Manzanos y cerezos; melocotonero y ciruelos en flor. Bajo los árboles, el suelo estaba lleno de lirios blancos; narcisos y flores de colores. De las ramas, a gran altura, colgaban cortinas espesas de rosales. Las rosas pálidas hacían cascadas que al llegar a la tierra se esparcían sobre la hierba hecho de brotes y hojas verdes.

Y allí, en medio de toda aquella vegetación exuberante, decenas de niños y niñas corrían por el jardín y gritaban a pleno pulmón. Los chillidos de vibrante alegría resonaban en los oídos de Ric. Las piernas le empujaban a ponerse a correr y a saltar con todos ellos.

El griterío se mezclaba con los trinos que salían de entre los ramajes de los árboles. Ric quería ver de cerca a los pajaritos que cantaban, pero una voz suave y un poco agotada lo detuvo.

– Son alondras. Cantan vivamente al llegar la primavera. Los petirrojos les hacen los coros desde unos árboles más allá –dijo un anciano que estaba sentado en un banco de madera.

– Pero, ¿por qué chillan y corren todos estos niños? ¿De qué peligro están huyendo? –le preguntó Ric, quieto como un pasmarote al lado del banco de madera, sin saber qué hacer.

– ¿Huir, dices? Hacen lo mejor que pueden hacer los niños: jugar y correr al aire libre –respondió el abuelo, sorprendido por la pregunta–. Son exploradores. A medida que descubren los secretos de la naturaleza se hacen suya la tierra, y crecen libres y sin miedo.

Ric quedó muy impresionado.

Cuando volvió a casa tenía unas ganas infinitas de explicar a sus padres que había descubierto cómo era un jardín. Pero, una vez más, se encontraba solo y enjaulado en aquella mansión. Más solo que la una.

Por primera vez pensó en que tal vez un destino negro pesaba sobre él, y que lo llevaba escrito en el nombre: Ricardo Solo. ¿Quería decir aquello que siempre quedaría solo a lo largo de toda su vida? Ric decidió rebelarse contra esa idea oscura que había empezado a bailarle en la cabeza.

Corrió hacia la habitación. Arrancó una hoja de la libreta de espiral y empezó a escribir la carta a los Reyes Magos.

"Señores Magos, mi nombre es Ricardo Sol. (Había terminado de escribir su nombre cuando se lo pensó mejor y borró el apellido). Mi nombre es Ricardo, y ya sé qué regalo quiero: deseo que me traigáis árboles y llanuras llenas de flores y de hierba fresca, para correr y jugar al aire libre tanto como quiera, hasta cansarme. También quiero un cielo azul que tenga muchas nubes blancas, como de algodón, que cambien de forma todo el tiempo. ¡Ah, y un arco iris! También quiero un arco iris muy grande que tenga todos los colores, y que brillen mucho. Sobre todo, que no falte ningún color, si no, no sería un verdadero arco iris. Aire fresco. Quisiera que me trajerais un vientecillo fresco con olor a montaña nevada, y luego, una brisa cálida con aromas de mares salados. De momento, eso es todo. ¿Creéis que pido demasiado? No estoy acostumbrado a pedir. No lo necesito; me lo dan todo sin tener tiempo a desearlo. Por eso no tengo práctica en deseos. No quisiera más que ningún otro niño del mundo. Así pues, si el jardín que os pido debe ser pequeño, que lo sea. ¡Muchas gracias!"

Rápidamente, Ric llevó la carta al chófer, que puso en marcha el coche de inmediato y salió veloz de la mansión para llevar la carta a los Reyes Magos. Ya era muy tarde y sólo quedaban los pajes en los grandes almacenes. Todavía se estarían un rato cogiendo las cartas de última hora para que ningún niño o niña del mundo se quedara sin su regalo.

¡Qué nervios! Aquella noche de Reyes Ric no durmió ni siquiera un poco. Al día siguiente se levantó muy pronto, cuando sus padres aún dormían. Entró en el comedor. Ante su vista se levantaba una montaña de regalos casi infinita, que casi tocaba el techo. Pero ninguno de esos paquetes no podía contener el jardín que Ric había visto en los grandes almacenes.

Ric entró en su habitación sollozando de tristeza. Unas lágrimas gruesas como avellanas le rodaban por las mejillas. Los primeros rayos de sol del día comenzaban a entrar por la ventana. Ric se acercó arrastrando los pies dentro de las zapatillas sin dejar de llorar ni un momento. Apoyó su frente contra el cristal helado que tenía incrustaciones de nieve.

Miraba sin mirar cuando, de repente, vio que pasaba un hombre caminando con bastón. Ric se fijó asustado porque nadie pasaba nunca por delante de su casa. Pero, de golpe, lo reconoció: era el abuelo del banco de madera que había conocido en el jardín de los grandes almacenes.

¡Qué sensación tan fantástica tuvo de repente! Ric corrió a buscar aquel abuelo. Abría puertas y más puertas marcando interminables variaciones del código secreto. Ya en la calle, le llamó con todas sus fuerzas.

– ¡Señor! ¡Señor! Espere un momento. ¡Por favor! ¡Señor ! –gritaba Ric, con excitación.

El hombre se detuvo y se giró hacia el muchacho. Ric llegó corriendo. Tenía los ojos hinchados y aún con lágrimas.

– ¿Por qué lloras? –le preguntó el abuelo con su voz suave y un poco agotada—. ¿Que no has visto el regalo que te han traído los Reyes Magos?

– Lo único que me hacía ilusión es el jardín que ayer vi a los grandes almacenes –dijo volviendo a sollozar –, y no me lo han traído. –Las palabras se le atragantaban, le costaba hablar.

– ¿Estás completamente seguro de lo que dices? Mira hacia allí –dijo el abuelo señalando una gran llanura nevada, con la punta del bastón.



Ric miró hacia donde señalaba el hombre.

– Quizá no lo reconoces, pero bajo esa capa gruesa de nieve diría que está tu regalo de Navidad –le hizo ver el hombre–. Sécate esas lágrimas, vístete, y sal enseguida a jugar con el trineo. No te darás cuenta que pronto estará lleno de niños y niñas jugando con la nieve, al aire libre.

El abuelo le acarició el pelo y se fue.

– ¡Muchas gracias, señor... abuelo! –gritó Ric, contentísimo como nunca. Tal y como le había dicho el abuelo, se fue a buscar a su trineo.

Desde entonces, cada día Ric salió a la calle a jugar con el regalo que le habían traído los Reyes. Un jardín maravilloso que era de todos los que quisieran ir a jugar.

Lo más difícil fue hacer entender a sus padres que no podían tenerle encerrado en casa. Pero lo consiguió. Porque no hay nada más fuerte que la insistencia que acompaña los deseos que nacen del corazón.

Ese día y muchos días, Ric salía a jugar con la nieve hasta cansarse. Tal y como él había deseado. Mientras soñaba con la llegada de la primavera para explorar los secretos que se escondían en su precioso y querido jardín.

Fin



La guía de la salud y el bienestar para tus hijos



Los cuentos de la abuela es una recopilación de cuentos que el Observatorio de la Infancia y la Adolescencia FAROS pone al alcance a través de su página web (<http://faros.hsjdbcn.org/>) con el objetivo de fomentar la lectura y difundir valores y hábitos saludables en la población infantil.

FAROS es un proyecto impulsado por el Hospital Sant Joan de Déu con el objetivo de promover la salud infantil y difundir conocimiento de calidad y actualidad en este ámbito.

